

Libro I vv. 452-567: “El mito de Apolo y Dafne”:

El primer amor de Apolo fue Dafne, la hija del río Peneo, y no fue producto del ciego azar, sino de la violenta cólera de Cupido. A éste lo había visto Apolo, orgulloso de su victoria sobre la serpiente, en el momento en que Cupido doblaba los extremos de su arco tirando de la cuerda, y le dijo: “*¿Qué tienes tú que ver, niño retozón, con las armas de los valientes? Llevar esa carga me cuadra a mí, que sé dirigir golpes infalibles a una fiera o a un enemigo, que hace poco he tendido por tierra, hinchada por mis innúmeras flechas, a Piton, la alimaña que con su vientre venenoso oprimía tantas yugadas de tierra. Tú conténtate con estimular con tu antorcha no sé qué pasiones amorosas, y no trates de aspirar a la gloria que me es propia.*” A lo que respondió el hijo de Venus: “*Aunque tu arco atraviere todo lo demás, el mío te va a atravesar a ti, y en la misma medida en que todos los animales son inferiores a la divinidad, otro tanto es menor tu gloria que la mía*”.

Dijo, y batiendo las alas se abrió camino por los aires y fue raudo a detenerse en la sombreada cima del Parnaso, donde sacó de su aljaba portadora de flechas dos dardos de diferente efecto; el uno hace huir al amor, el otro lo produce. El que lo produce es de oro, y resplandece su afilada punta, el que lo hace huir es romo y tiene la caña guarnecida de plomo. Éste fue el que clavó el dios en la ninfa hija del río Peneo, mientras que con el otro hirió hasta la médula a Apolo después de atravesarle los huesos. En el acto queda el uno enamorado, huye la otra hasta del nombre del amor, y se complace en las espesuras de las selvas y en los despojos de las fieras que cautiva, émula de la virginal Diana; una cinta sujetaba sus cabellos abandonados en desorden. Muchos la pretendieron, pero ella rechaza a sus pretendientes y, libre de marido al que no soportaría, recorre los parajes más solitarios de los bosques y desdeña enterarse de lo que es el Himeneo, el Amor o el lazo conyugal. Muchas veces le dijo su padre: “*Un yerno me debes, hija*”. Muchas veces le dijo su padre: “*Me debes nietos, hija mía*”. Ella, que odiaba como un crimen las antorchas nupciales, mostraba su bello rostro teñido de avergonzado rubor y, en los brazos acariciantes de su padre y colgada de su cuello, le decía: “*Concédeme, padre mío querido, poder disfrutar de una virginidad perpetua; también a Diana se lo concedió su padre.*” Él desde luego atendió a sus ruegos.

Pero a ti tu mismo atractivo te impide lograr lo que deseas, y tu hermosura se opone a tus anhelos. Apolo está enamorado, ha visto a Dafne y ansía unirse a ella; lo que ansía, espera conseguirlo, y le engañan sus propios oráculos. Y como arden las pajas livianas una vez despojadas de las espigas, como se incendian los cercados por las antorchas que acaso un viandante ha acercado en demasía o abandonado al aproximarse el día, así se encendió en llamas el dios, así se quemaba su corazón entero y con sus esperanzas alimentaba un amor estéril. Advierte que sus cabellos le caen por el cuello sin aliño y se dice: “*¿Y si se los peinara?*” Ve sus ojos que resplandecen como ascuas y semejantes a estrellas, ve su boca, que no basta con ver; se extasía con sus dedos y manos, con sus brazos y con sus antebrazos desnudos en más de la mitad; y las partes ocultas las supone mejores aún. Pero ella huye más veloz que la brisa ligera, y no se detiene a estas palabras con que él la llama: “*Ninfa, por favor, Peneide, detente, no soy un enemigo que te persigo; detente, ninfa. Así huye la cordera del lobo, así la cierva del león, así las palomas, con las alas revoloteando, del águila, cada una de sus enemigos; el amor es el motivo que tengo para seguirte. ¡Desgraciado de mí! No vayas a caerte de bruces, no vayan las zarzas a señalar tus piernas que no merecen ser heridas, y no vaya yo a ser causante de tu dolor. Son fragosos los parajes por donde te precipitas; no corras tanto, yo te lo pido, y modera tu huida; también yo te seguiré más despacio. Pero entérate de a quién gustas; no es un habitante del monte, no soy un pastor, no un ser repelente que guarde aquí vacas o rebaños de ovejas. No sabes, temeraria, no sabes de quién huyes, y por eso huyes. A mí me obedecen como esclavas la tierra de Delfos y Claros y Tenedos y la residencia real de Pátara; Júpiter es mi padre, por mediación mía se revela tanto lo que será como lo que ha sido y lo que es; gracias a mí suena el canto en armonía con las cuerdas. Infalible es mi flecha, desde luego, pero hay una que lo es aún más que la mía, y que ha causado una herida en mi corazón antes intacto. Invento mío es la medicina, en todo el mundo se me llama auxiliador, y el poder de las hierbas me está sometido. ¡Ay de mí, porque ninguna hierba es capaz de curar el amor, y no sirven de nada a su señor las artes que sirven a todos los demás!*”

Aún iba a seguir hablando cuando la Penea huyó a la carrera, despavorida, y al abandonarlo dejándolo

con la palabra en la boca, aún entonces le pareció agraciada; el viento le descubría las formas, las brisas que se le enfrentaban agitaban sus ropas al choque, y un aura suave le empujaba hacia atrás los cabellos; con la huida aumentaba su belleza. Pero el joven dios no puede soportar por más tiempo dirigirle en vano palabras acariciantes, y, obedeciendo a los consejos de su mismo amor, sigue sus huellas en carrera desenfrenada. Cuando un perro de las Galias ha visto a una liebre en campo abierto, mientras él busca el botín con la ligereza de sus patas, la liebre busca la vida; el uno parece que va a hacer presa, espera conseguirlo de un momento a otro y con el hocico tendido va rozando las huellas, la otra está en la incertidumbre sobre si estará ya apresada, se arranca de las fauces mismas de su perseguidor y deja atrás el hocico que ya la tocaba; así corren veloces el dios y la muchacha, él por la esperanza, ella por el temor. Sin embargo el perseguidor, ayudado por las alas del amor, es más rápido, se niega el descanso, acosa la espalda de la fugitiva y echa su aliento sobre los cabellos de ella que le ondean sobre el cuello. Agotadas sus fuerzas, palideció; vencida por la fatiga de tan acelerada huida, mira a las aguas del Peneo y dice: *“Socórreme, padre, si los ríos tenéis un poder divino, destruye, cambiándola, esta figura por la que he gustado en demasía”*.

Apenas acabó su plegaria cuando un pesado entorpecimiento se apodera de sus miembros; sus suaves formas van siendo envueltas por una delgada corteza, sus cabellos crecen transformándose en hojas, en ramas sus brazos; sus pies un momento antes tan veloces quedan inmovilizados en raíces fijas; una arbórea copa posee el lugar de su cabeza; su esplendente belleza es lo único que de ella queda. Aún así sigue Apolo amándola, y apoyando su mano en el tronco percibe cómo tiembla aún su pecho por debajo de la corteza reciente, y estrechando en sus brazos las ramas, como si aún fueran miembros, besa la madera; pero la madera huye de sus besos. Y el dios le habla así: *“Está bien, puesto que ya no puedes ser mi esposa, al menos serás mi árbol; siempre te tendrán mi cabellera, mi cítara, mi aljaba; tú acompañarás a los caudillos alegres cuando alegre voz entone el Triunfo y visiten el Capitolio los largos desfiles. También tú te erguirás ante la puerta de la mansión de Augusto, como guardián fidelísimo, protegiendo la corona de encina situada entre ambos quicios; y del mismo modo que mi cabeza permanece siempre juvenil con su cabellera intacta, lleva tú también perpetuamente el ornamento de las hojas.”* Terminó de hablar Apolo; el laurel asintió con sus ramas recién hechas, y parecía que, como cabeza, agitaba su copa.

Libro IV vv. 55-166: “El mito de Píramo y Tisbe”:

Píramo y Tisbe, el uno el más bello de los jóvenes, la otra sobresaliente entre las muchachas que tenía el Oriente, ocupaban dos casas contiguas, allí donde se dice que Semíramis ciñó de muros de tierra cocida su elevada ciudad. La vecindad les hizo conocerse y dar los primeros pasos; con el tiempo creció el amor; ellos habrían querido celebrar la legítima unión de la antorcha nupcial, pero se opusieron los padres, mas, y a eso no podían oponerse, por igual ardían ambos con cautivos corazones. Ningún confidente hay entre ellos, por señas y por gestos se hablan, y cuanto más ocultan el fuego, más se enardece el fuego oculto. La pared medianera de ambas casas estaba hendida por una delgada grieta que se había producido antaño, durante su construcción. El defecto, que nadie había observado a lo largo de los siglos --¿qué no notará el amor?-- vosotros, amantes, fuisteis los primeros en verlo, y lo hicisteis camino de vuestra voz, y así solían pasar seguras a su través, y en tenue cuchicheo, vuestras ternezas.

Muchas veces, cuando de una parte estaba Tisbe y de la otra Píramo, y habían ellos percibido mutuamente la respiración de sus bocas, decían: *“Pared envidiosa, ¿por qué te alzas como obstáculo entre dos amantes? ¿Qué te costaba permitirnos unir por entero nuestros cuerpos, o, si eso es demasiado, ofrecer al menos una abertura para nuestros besos? Pero no somos ingratos, confesamos que te debemos el que se haya dado a nuestras palabras paso hasta los oídos amigos.”* Y después de hablar así en vano y separados como estaban, al llegar la noche se dijeron adiós, y dio cada uno a su parte besos que no llegaron al otro lado.

La aurora siguiente había ahuyentado las nocturnas luminarias, y el sol había secado con sus rayos las hierbas cubiertas de escarcha; se reunieron en el lugar de costumbre. Y entonces, después de muchos lamentos murmurados en voz baja, acuerdan hacer en el silencio de la noche la tentativa de engañar a sus guardianes y salir de sus puertas, y, una vez que estén fuera de sus hogares, abandonar también los edificios de la ciudad;

y, para evitar el riesgo de extraviarse en su marcha por los anchos campos, reunirse junto al sepulcro de Nino y ocultarse a la sombra del árbol. Un árbol había allí, cuajado de frutos blancos como la nieve, un erguido moral, situado en las proximidades de un frío manantial. Este plan adoptan; y la luz del día, que les pareció tardar en alejarse, se arroja a las aguas, y de las mismas aguas sale la noche.

Hábilmente en medio de las tinieblas hace Tisbe girar la puerta en su quicio, sale, engaña a los suyos, con la cara tapada llega a la tumba, y se sienta bajo el árbol convenido; el amor la hacía atrevida. He aquí que llega una leona con el hocico espumeante embadurnado de sangre de unos bueyes que acaba de matar, y con la intención de apagar su sed en las aguas de la vecina fuente. La babilonia Tisbe la vio de lejos, a los rayos de la luna y con pasos asustados huyó a una oscura cueva; y al huir, cayó de su espalda un velo que dejó abandonado. Una vez que la feroz leona hubo aplacado con abundante agua su sed, al volver al bosque se encontró el tenue velo sin su dueña, y con su boca ensangrentada lo desgarró.

Píramo salió más tarde, vio en el espeso polvo huellas seguras de una fiera, y palideció su semblante entero; pero cuando encontró también la prenda teñida en sangre, dijo: *“Una sola noche acabará con los enamorados, de los dos, ella era la más digna de una larga vida, mientras que mi alma es culpable; yo he sido quien te he perdido, infortunada, yo que te he mandado venir de noche a un lugar terrorífico, y no he venido aquí el primero. Despedazad mi cuerpo y devorada a fieros mordiscos estas vísceras criminales, oh leones todos que habitáis bajo esta roca. Pero es de cobardes desear la muerte”*. Coge del suelo el velo de Tisbe, lo lleva consigo a la sombra del árbol de la cita, y después de dar lagrimas y besos a la conocida prenda, dice: *“Recibe ahora también la bebida de mi sangre”*. Y hundió en sus ijares el hierro que llevaba al cinto, y sin tardanza se lo arrancó, moribundo ya, de la ardiente herida quedando tendido en tierra boca arriba; la sangre salta a gran altura, no de otro modo que cuando en un tubo de plomo deteriorado se abre una hendidura, que por el estrecho agujero que silba lanza chorros de agua y rasga el aire con su persecución. Los frutos del árbol toman, por las cruentas salpicaduras, un tinte oscuro, y la raíz, humedecida en sangre, matiza de color de púrpura las moras que cuelgan.

He aquí que, sin estar libre de miedo todavía, pero para no hacer defeción a su amante, vuelve ella, busca al joven con los ojos y con el alma, y arde en deseos de contarle el enorme peligro de que se ha librado, y si bien reconoce el lugar y la forma del árbol que ha visto, con todo la hace dudar el color del fruto; quédase perpleja sobre si será el mismo árbol. Mientras vacila, ve que unos miembros temblorosos palpitan sobre el suelo ensangrentado; retrocedió, y con el semblante más pálido que el boj sufrió un estremecimiento semejante al del mar que susurra cuando una leve brisa roza su superficie. Mas una vez que, poco después, reconoció a su amor, se maltrata con sonoros golpes los brazos que no lo merecían, se arranca los cabellos, y abrazando el cuerpo amado inundó de lágrimas sus heridas y mezcló su llanto con la sangre; y estampando sus besos en el rostro helado gritó: *“Píramo, ¿qué desventura me ha dejado sin ti? Píramo, respóndeme; es tu adorada Tisbe quien te llama; escúchame y yergue tu cabeza abatida”*. Al nombre de Tisbe levantó Píramo los ojos, sobre los que gravitaba ya la muerte, y después de verla a ella los volvió a cerrar. Cuando ella reconoció su prenda, y vio el marfil desprovisto de su espada, exclamó: *“¡Tu propia mano te ha dado muerte y tu propio amor, infortunado! Para esto sólo tengo yo también una mano fuerte, y tengo también amor que me dará fuerzas para herirme. Iré tras de ti que ya has perecido, y de tu muerte se dirá que he sido yo trágica causa y compañera; y tú, a quien sólo la muerte ¡ay! podía arrancarme, ni aun la muerte podrá arrancarte de mí. Una cosa sin embargo os han de pedir las súplicas de los dos, oh infelicísimos padres mío y suyo, que a aquellos a quienes unió un fiel amor y la última hora, no les rehuséis ser sepultados en la misma tumba. Y tú, árbol que con tus ramas das sombra ahora al pobre cuerpo de uno solo, pero pronto la darás a los de los dos, conserva las señales de nuestra ruina, y ten siempre frutos negros y propios para el luto, en memoria de nuestra doble sangre”*. Dijo, y colocando la punta de la espada bien por debajo de su pecho, se dejó caer sobre el hierro que aún estaba tibio de la otra sangre.

Sus súplicas conmovieron a los dioses, conmovieron a los padres; pues el color del fruto, una vez que está bien maduro, es negruzco, y lo que resta de sus piras descansa en una única urna.

Libro IV vv. 663-752: “El mito de Perseo y Andrómeda”:

El lucero matutino, que llama al trabajo, había aparecido, radiante de luz, en lo alto del cielo; vuelve Perseo a ponerse las alas que sujeta por ambos lados a sus pies, se ciñe su arma curva, y agitando sus sandalias hiende el límpido aire. Tras dejar atrás innumerables pueblos, a su alrededor y por debajo, divisa las comarcas de los etíopes y los campos cefeos. Allí el injusto Amon había ordenado a Andrómeda, que no lo merecía, pagar el castigo que debía su madre por su lengua. Tan pronto como Perseo la vio, con los brazos encadenados a las duras rocas --a no ser porque una suave brisa le movía los cabellos y de sus ojos manaban tibias lágrimas, hubiera creído que era una estatua de mármol--, se inflama sin saberlo y queda atónito; embargado ante la estampa de aquella belleza que ha visto, casi se olvidó de agitar en el aire sus alas. Cuando se detuvo, dijo: “*Oh tú, que no mereces esas cadenas, sino las que unen entre sí a los amantes apasionados, hazme saber, porque quisiera enterarme, el nombre de tu país y el tuyo propio, y por qué estás cargada de cadenas*”.

Al principio permanece ella callada, sin atreverse, siendo una doncella, a dirigirse a un hombre, y con las manos se habría tapado el pudoroso rostro, si no hubiera estado atada; llenó sus ojos, que es lo que podía hacer, de un raudal de lágrimas. Él insistió una y otra vez y entonces, para que no pareciese que no quería confesar una falta suya, le manifiesta el nombre de su país y el suyo propio, y lo excesiva que había sido la presunción de su madre por su belleza; y aún no había terminado de contárselo todo, cuando retumban las olas y aparece, dominando el mar inmenso, un monstruo que bajo su pecho abarca la vasta llanura líquida.

La joven da un grito; está allí su desconsolado padre, y con él su madre, infortunados ambos, pero ella con mayor motivo. Y no le traen auxilio alguno ni otra cosa que lágrimas y plañidos, apropiados a la situación, y se agarran al cuerpo encadenado, cuando habla así el extranjero: “*Para las lágrimas aún os puede quedar largo tiempo; para prestar socorro sólo hay un breve instante. Si a esta joven la pidiese en matrimonio yo, Perseo, hijo de Júpiter y de aquella a quien, en su encierro, hizo grávida Júpiter de su oro fecundo, yo, Perseo, vencedor de la Gorgona de cabellera de serpientes, y que he osado atravesar los aires celestes con alas vibrantes, yo sería sin duda el yerno que escogeríais entre todos; a tan extraordinarios títulos quiero ahora añadir también un servicio, si es que los dioses me favorecen. La condición que pongo es que sea mía si la salva mi valor*”. Aceptan los padres el compromiso (¿y quién habría dudado?) y le apremian, prometiéndole además un reino como dote.

He aquí que, del mismo modo que un rápido navío surca las aguas con su agudo espolón de proa, empujado por brazos sudorosos de jóvenes, así el monstruo, abriéndose paso entre las olas al impulso de su pecho, distaba aún de los escollos un trecho tan largo como el que puede una honda balear hacer recorrer a través del cielo al plomo volteado, cuando de pronto el joven, dando con los pies un fuerte empujón a la tierra, ascendió hasta las nubes. Cuando en la superficie de las aguas se vio la sombra del héroe, se enfurece el monstruo en la sombra que ha visto; y como la rauda ave de Júpiter, cuando en un campo abierto ha visto una serpiente que ofrece a Apolo su dorso cárdeno, se apodera de ella por detrás, y, para que no pueda volver sus feroces fauces, clava en el escamoso cuello sus codiciosas garras, así Perseo, abalanzándose verticalmente a través del espacio en rápido vuelo, gravitó sobre el lomo del monstruo y, mientras éste aúlla, en su hombro derecho le hundió el hierro hasta el curvo garfio. Al recibir la profunda herida, tan pronto se levanta erguido en el aire, como se sumerge en las aguas o se revuelve como un feroz jabalí al que acosa la jauría que aúlla a su alrededor. El héroe elude, gracias a sus veloces alas, los ávidos mordiscos, y por dondequiera encuentra acceso golpea con su espada ganchuda ya el lomo cuajado de cavernosas conchas, ya las costillas de ambos lados, ya la parte por donde la cola es más delgada y termina en pez. La fiera vomita por la boca chorros pero queda oculto por el mar cuando está agitado. Posado en él ya las alas de Perseo, quien no atreviéndose a seguir fiándose de sus empapadas sandalias voladoras, divisó un escollo que por su más elevado picacho sobresale del agua cuando ésta está en calma, de agua mezclada con sangre; regadas de salpicaduras pesaban y agarrado con la mano izquierda a un saliente del peñasco, por tres y cuatro veces atravesó con su hierro, sin punto de reposo, las entrañas del monstruo.

Una ovación acompañada de aplausos retumbó en aquellas riberas y en las sublimes mansiones de los

dioses. Regocijados Casíope y Cefeo, los padres, le saludan como yerno y le proclaman sostén y salvador de su casa; liberada de sus cadenas avanza la joven, galardón y causa de la hazaña. Saca él agua con la que lava sus manos victoriosas, y para no magullar contra la arena dura la cabeza portadora de serpientes, muelle con hojas la tierra, extiende plantas nacidas bajo las aguas, y coloca encima la cabeza de la Medusa. Los tallos recién cortados y vivos aún en su porosa médula absorbieron el poder del monstruo, se endurecieron a su contacto y adquirieron en sus ramas y hojas una extraña rigidez. Entonces las ninfas marinas ensayan aquel prodigio en otros tallos, se regocijan de que ocurra lo mismo, y arrojan una y otra vez a las olas las semillas que sacan de aquellos. Aún ahora han conservado los corales la misma propiedad de cobrar dureza al contacto del aire, de manera que lo que era flexible vástago dentro del mar se convierte en piedra encima de los mares.